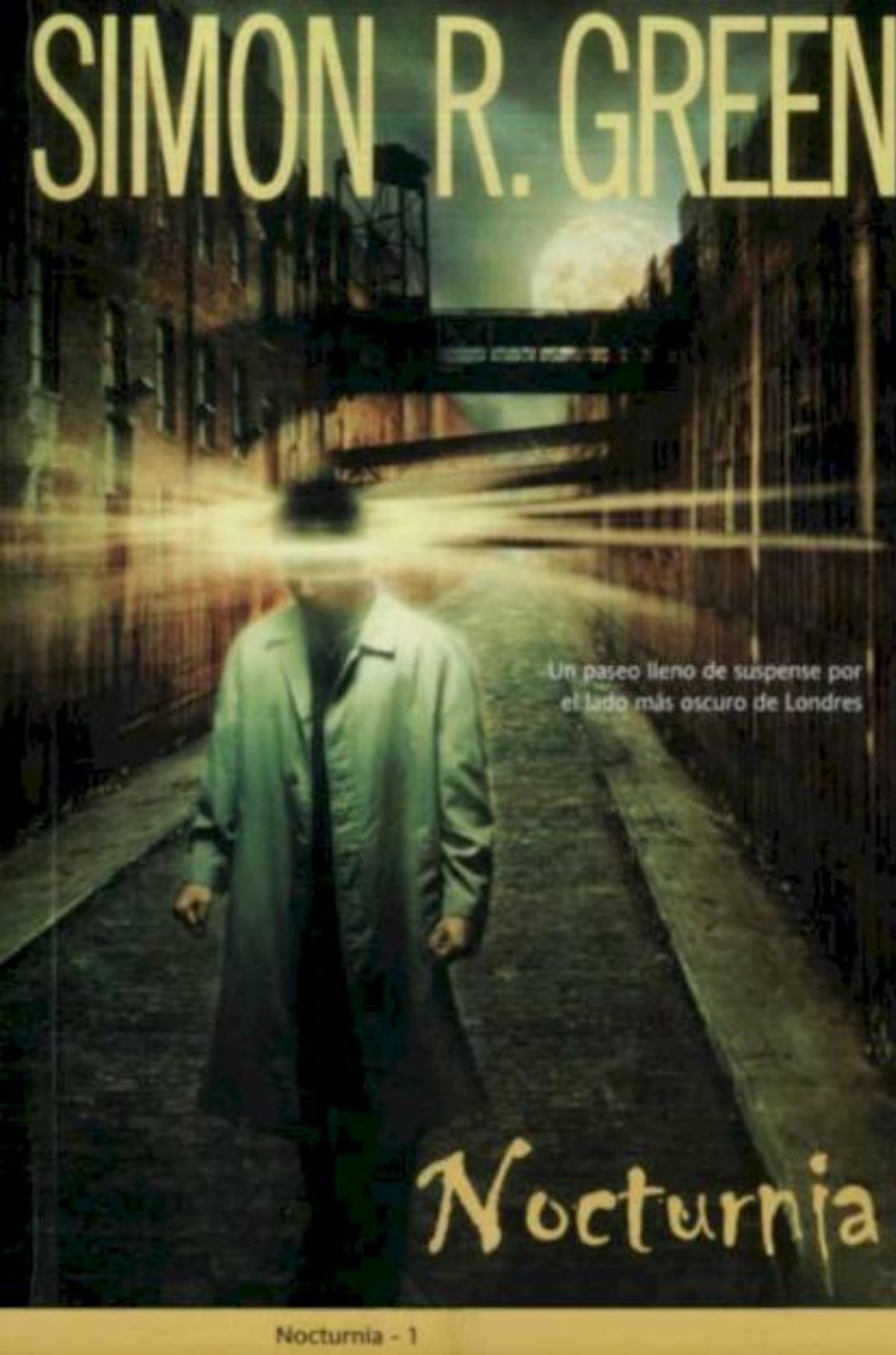


# SIMON R. GREEN



Un paseo lleno de suspense por  
el lado más oscuro de Londres

## Nocturnia

«Me llamo John Taylor. En mi tarjeta pone que soy detective, pero mi verdadero talento consiste en encontrar cosas perdidas. Es uno de los dones que reciben los que han nacido en Nocturnia. Me fui de allí hace mucho tiempo, con la cordura prácticamente intacta, y ahora me gano la vida en las soleadas calles de Londres. Pero los negocios no me han ido muy bien. Por eso, cuando Joanna Barrett llamó a mi puerta ofreciéndome una fortuna por encontrar a su hija adolescente, no fui capaz de negarme. Ahora rastreo sus huellas por las calles de Nocturnia. El mismo lugar adonde juré no volver, donde los relojes siempre marcan las tres de la madrugada y los monstruos beben compartiendo barra con los mitos. Vuelvo a casa...»

Fui a una casa que no era una casa.  
Abrí una puerta que no era una puerta.  
Y vi... lo que vi

## 1. Dinero que entra caminando

Hay detectives de todas las formas y tamaños, y ninguno se parece a una estrella de la televisión. Algunos trabajan para compañías de seguros, otros merodean por hoteles baratos con cámaras de vídeo esperando obtener evidencias para un caso de divorcio, y unos pocos incluso investigan asesinatos complicados y misteriosos. Algunos persiguen cosas que no existen, o que no deberían existir. Yo encuentro cosas. A veces preferiría no hacerlo, pero son gajes del oficio.

En aquellos días, el cartel descascarillado de mi puerta decía «Investigaciones Taylor». Yo soy Taylor. Alto, moreno y no especialmente atractivo. Llevo con orgullo las cicatrices de antiguos casos, y jamás abandono a un cliente. Siempre que paguen por adelantado al menos una parte.

Mi oficina era acogedora, siendo compasivos, o diminuta, no siéndolo. Allí pasaba un montón de tiempo. Era mejor que tener una vida. Se trataba de una oficina de renta baja en una zona de renta baja. Todos los negocios con algún futuro se estaban mudando, dejando más espacio para aquellos de nosotros que operábamos en esa área de grises entre lo legal y lo ilegal. Hasta las ratas pasaban de largo en busca de algún lugar más civilizado. Mis vecinos eran un dentista y un contable, ambos arruinados, ambos con más dinero que yo.

Llovía mucho la noche que Joanna Barrett vino a verme, el tipo de lluvia fría, torrencial y despiadada que te hace sentir feliz de estar seco y a cubierto bajo un techo. Debería haberlo tomado como un presagio, pero nunca he sido

muy bueno detectando indicios. Era tarde, bien pasado el punto en que el día empieza a convertirse en noche, y el resto de los trabajadores del edificio se había ido a casa. Aún estaba sentado en mi escritorio, observando a medias el televisor portátil con el volumen a cero, mientras el hombre del teléfono me gritaba al oído. Quería dinero, el muy idiota. Hice sonidos de comprensión en los momentos correctos, esperando a que se cansara y lo dejara, y entonces mis oídos detectaron pasos en el pasillo, en dirección a mi puerta. Firmes, pausados... y de mujer. Interesante. Las mujeres siempre son mejores clientes. Dicen que quieren información, pero la mayoría de las veces lo que desean es venganza, y no son tacañas cuando pagan por lo que quieren. Por lo que necesitan. No hay mayor furia que la de una mujer despechada; yo debería saberlo.

Los pasos se detuvieron al otro lado de mi puerta, y una sombra alta estudió el agujero de bala de la ventana de cristal esmerilado. Debería haber encargado que lo repararan, pero esas intenciones se habían quedado en palabras. A los clientes les gusta un toque romántico y peligroso cuando contratan a un detective privado, incluso aunque solo quieran que entregue unos papeles.

La puerta se abrió y ella entró: una rubia alta y atractiva que destilaba dinero y clase, y que parecía totalmente fuera de lugar en medio de los muebles baratos y las paredes desconchadas de mi oficina.

Su ropa tenía una elegancia silenciosa y un estilo que pregonaban mucho dinero. Cuando dijo mi nombre, su voz tenía un filo aristocrático que podía cortar el vidrio. O había estado en los mejores colegios de pago, y había gastado una fortuna en clases de locución. Era quizá un tanto esbelta, y presentaba un rostro afilado y un mínimo de maquillaje que significaban que siempre sería atractiva, más que guapa. Por el modo en que esperaba de pie y en que se contenía, era obvio que se trataba de una maniática del control, y la pareja de labios minuciosamente pintados

mostraba que estaba acostumbrada a ser obedecida. Me doy cuenta de cosas como estas. Es mi trabajo. Le dediqué mi mejor movimiento indiferente de cabeza y le hice un gesto para que tomara asiento en la otra silla, al lado opuesto de mi escritorio. Se sentó sin sacar un pañuelo para limpiar antes la silla, y le concedí puntos extra por su valor. Observé cómo contemplaba la oficina, mientras la voz en mi oreja se ponía más histérica y exigía dinero con amenazas. Amenazas muy específicas. El rostro de la mujer era tranquilo, casi en blanco, pero eché un vistazo a mi oficina y me fue muy fácil verla como ella la veía.

Un escritorio desvencijado, con solo unos pocos montones de papeles en las bandejas de entrada y salida, un archivador de cuarta mano, y un ajado sofá apoyado contra la pared. Unas sábanas arrugadas y una almohada sobre el sofá indicaban que alguien dormía allí con regularidad. La solitaria ventana de detrás de mi escritorio tenía barrotes en el exterior, y el cristal traqueteaba libre de su marco cada vez que el viento lo golpeaba. La desgastada alfombra tenía agujeros, el televisor portátil del escritorio era en blanco y negro, y la única nota de color en las paredes era un calendario de desnudos regalado. En un rincón había viejas cajas de pizza apiladas. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que aquello no era solo una oficina. Alguien vivía allí. También era patente que no se trataba de la oficina de alguien que escalaba posiciones en la vida.

Había escogido vivir en el mundo real, por razones que en su momento parecían buenas, pero nunca había sido fácil.

De pronto decidí que ya había tenido bastante de la voz del teléfono.

—Mire —dije, en ese tono razonablemente tranquilo que bien empleado puede cortar a la gente—, si tuviera el dinero le pagaría, pero no lo tengo. Así que tendrá que coger número y hacer cola. Desde luego, es usted bienvenido si intenta poner una demanda, en cuyo caso le recomiendo

a un vecino mío que es abogado. Necesita el trabajo, así que no se reirá en su cara cuando le cuente a quién está tratando de sacarle la pasta. Sin embargo, si no le importa tener paciencia solo un poco más, es posible que un montón de dinero entre caminando, sin más... Ya sabe, una historia como la suya no puede ser buena para la tensión. Le recomiendo que respire hondo y que visite la costa. Yo siempre encuentro el mar de lo más relajante. Se lo pagaré. Con el tiempo.

Colgué con firmeza y sonreí con amabilidad a mi visitante. No me devolvió la sonrisa. Supe en ese momento que haríamos buenas migas. Miró el televisor susurrante de mi escritorio, y lo apagó.

—Me hace compañía —le dije con calma—. Como un perro, pero con la ventaja añadida de que no hay que sacarlo a pasear.

—¿Nunca se va a su casa? —Su tono dejaba claro que no preguntaba porque le importase.

—Ahora mismo estoy de mudanza. Cosas grandes y caras. Además, me gusta estar aquí. Todo está a mano, y nadie me molesta cuando acaba la jornada. Por lo general.

—Sé que es tarde. No quería que me vieran viniendo aquí.

—Eso puedo entenderlo.

Olfateó brevemente.

—Tiene un agujero en la puerta de la oficina, señor Taylor.

Asentí.

—Polillas.

Las comisuras de su boca rojo oscuro se torcieron hacia abajo, y por un momento pensé que iba a levantarse e irse. Produzco ese efecto en la gente. Pero se controló a sí misma y me echó su mirada más intimidante.

—Me llamo Joanna Barrett.

Volví a asentir, sin comprometerme.

—Lo dice como si debiera tener algún significado para mí.

—Para cualquier otro, lo tendría —dijo, con solo un poco de acidez en la voz—. Pero supongo que no lee las páginas de negocios, ¿verdad?

—No, a menos que alguien me pague por ello. ¿He de suponer que usted es rica?

—Extremadamente.

Sonreí.

—El mejor tipo de cliente. ¿Qué puedo hacer por usted?

La mujer cambió ligeramente de posición en la silla, aferrándose de manera protectora a su enorme bolso de mano de cuero blanco. No quería estar allí, simpatizando conmigo. Sin duda, solía tener gente que se encargaba de las tareas desagradables por ella. Pero había algo que la reconcomía. Algo personal. Algo que no podía confiarle a nadie más. Me necesitaba, eso podía afirmarse. Diablos, ya estaba contando el dinero.

—Necesito un investigador privado —dijo de repente—. Usted... me lo recomendaron.

Hice un gesto comprensivo con la cabeza.

—Entonces, ya lo ha intentado con la policía, y con todas las grandes agencias de detectives, y ninguna de ellas fue capaz de ayudarlo. Lo que significa que su problema no es uno de los habituales.

Asintió con rigidez.

—Me fallaron. Todos ellos. Cogieron mi dinero y no me dieron más que excusas. Bastardos. De modo que reclamé cada favor que me debían y usé todo contacto de que dispongo, y al final alguien me dijo su nombre. Tengo entendido que encuentra gente.

—Puedo encontrar cualquier cosa o persona, si el precio es el correcto. Es un don. Soy terco, tozudo y un montón de cosas más que empiezan con t, y nunca me rindo mientras los cheques sigan llegando. Pero no hago trabajos para

seguros, ni divorcios, ni resuelvo crímenes. Diablos, no reconocería una pista aunque me cayera sobre ella. Solo encuentro cosas, quieran ellas ser encontradas o no.

Joanna Barrett me dedicó una gélida mirada de desaprobación.

—No me gusta que me sermoneen.

Sonreí abiertamente.

—Entra dentro del precio.

—Y no me importa su actitud.

—Al igual que a muchos.

Ella volvió a considerar seriamente la posibilidad de irse. Observé cómo luchaba consigo misma con rostro calmado y relajado. Alguien como ella no habría aguantado tanto a menos que estuviese realmente desesperada.

—Mi hija ha... desaparecido —dijo por fin, a regañadientes—. Quiero que la encuentre.

Sacó una foto borrosa de veinte por veinticinco de su gigantesco bolso, y la deslizó por la mesa hacia mí con un enfadado gesto de su mano. Estudié la foto sin tocarla. La imagen de una cabeza y unos hombros de una adolescente ceñuda me devolvieron la mirada con hosquedad, desde unos ojos entrecerrados que observaban a través de una maraña de largos cabellos rubios. Habría sido guapa si no hubiese fruncido tanto el entrecejo. Tenía pinta de estar enfrentada con todo el maldito mundo, y solo un imbécil apostaría por el mundo. En otras palabras, una digna hija de su madre.

—Su nombre es Catherine, señor Taylor. —La voz de Joanna Barrett se había vuelto de pronto más baja, más mansa—. Solo contesta al nombre de Cathy, cuando le da por contestar. Tiene quince años, casi dieciséis, y quiero que la encuentre.

Hice un gesto afirmativo. Estábamos en territorio conocido.

—¿Cuánto hace que la echa en falta?

—Algo más de un mes. —Hizo una pausa—. Esta vez —añadió a regañadientes.

Volví a asentir. Me ayuda a parecer sesudo.

—¿Ha ocurrido algo recientemente que disgustara a su hija?

—Hubo una discusión. Nada que no hubiésemos dicho ya con anterioridad, Dios lo sabe. No sé por qué se escapa. Tiene todo lo que siempre ha querido. Todo.

Rebuscó en el bolso otra vez y sacó cigarrillos y un encendedor. El tabaco era francés, y el mechero dorado con un monograma. Elevé mi tarifa convenientemente. Encendió un cigarrillo con mano firme, y después exhaló nerviosas nubecillas de humo por la oficina. La gente no debería fumar en situaciones como esta. Es demasiado revelador. Le acerqué mi único cenicero, con forma de pulmón, y volví a estudiar la foto. De momento no estaba preocupado por Cathy Barrett. Parecía poder cuidar de sí misma, y encargarse de cualquiera lo bastante estúpido para molestarla. Decidí que era hora de comenzar con las preguntas obvias.

—¿Y el padre de Catherine? ¿Cómo se lleva su hija con él?

—No se lleva. Nos abandonó cuando tenía dos años. La única cosa decente que ese bastardo egoísta hizo por nosotros. Sus abogados le consiguieron visitas, pero apenas las utiliza. Todavía tengo que perseguirlo para que pague la manutención. No es que lo necesitemos, por supuesto, pero es cuestión de principios. Y antes de que lo pregunte, no. Nunca ha habido problemas de drogas, alcohol, dinero o novios inapropiados. Me hubiera dado cuenta. Siempre la he protegido, y jamás le he levantado una mano. Tan solo es una pequeña zorra hurraña y desagradecida.

Por un instante, algo que podrían haber sido lágrimas brilló en sus ojos, pero el momento pasó. Me recosté en mi silla, como considerando lo que me había dicho, pero todo me parecía bastante claro. Rastrear a alguien que se había escapado no era un gran caso, pero estaba falto de casos y

de dinero, y había facturas que tenía que pagar. Con urgencia. No había sido un buen año. No en mucho tiempo. Me incliné hacia delante, descansé los codos sobre la mesa y puse cara seria y comprometida.

—Entonces, señora Barrett, lo que aquí tenemos es una pobre niña rica que cree que tiene de todo menos amor. Es probable que ande pidiendo monedas en el metro, comiendo sobras y pan duro, durmiendo en los bancos de los parques, juntándose con toda clase de tipejos y diciéndose a sí misma que está corriendo una gran aventura. Vivir la vida de la calle, con gente real. Segura porque sabe que ha vuelto a conseguir atraer la atención de su madre. Yo no me preocuparía mucho por ella. Volverá a casa, en cuanto empiece a hacer frío por las noches.

Joanna Barrett ya estaba sacudiendo su cabeza de peinado caro.

—Esta vez no. He tenido a gente buscándola durante semanas, y nadie es capaz de encontrar ni rastro de ella. Ninguno de sus anteriores... conocidos ha sabido de ella, a pesar de las generosas recompensas que he ofrecido. Es como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Siempre había sido capaz de localizarla. Mi gente tiene contactos en todas partes. Pero esta vez, todo lo que he conseguido es un nombre que no reconozco. Un nombre, dado por la misma persona que me mencionó el suyo. Me dijo que encontraría a mi hija... en Nocturnia.

Una mano helada me cogió el corazón mientras se enderezaba en mi silla. Debería haberlo sabido. Debería saber que el pasado nunca te abandona, no importa lo que corras para huir. La miré directamente a los ojos.

—¿Qué sabe acerca de Nocturnia?

Ella no se estremeció, pero pareció que quisiera. Puedo sonar peligroso cuando es necesario. Cubrió el lapso apagando el cigarrillo a medias en el cenicero, concentrándose en hacer bien el trabajo para no tener que mirarme por unos instantes.

—Nada —dijo al fin—. Ni una maldita cosa. Nunca había oído ese nombre, y los pocos conocidos que lo reconocen... no me hablan sobre ello. Cuando los presiono, renuncian y se alejan de mí. Prefieren huir de más dinero del que jamás han reunido en su vida antes que hablar de Nocturnia. Me miran como si estuviese... enferma, solo por querer hablar del tema.

—No me sorprende. —Mi voz volvía a ser tranquila, aunque seria, y ella volvió a mirarme. Escogí las palabras con cautela—. Nocturnia es el corazón oscuro, oculto y secreto de la ciudad. La hermana gemela de Londres. Es donde están las cosas realmente salvajes. Si su hija ha encontrado la forma de entrar allí, tiene verdaderos problemas.

—Por eso he venido a usted —dijo Joanna—. Me han dicho que usted opera en Nocturnia.

—No. No desde hace mucho tiempo. Huí, y juré que nunca volvería. Es un mal sitio.

Ella sonrió, de vuelta a un terreno familiar.

—Estoy dispuesta a ser muy generosa, señor Taylor. ¿Cuánto quiere?

Consideré la cuestión. ¿Cuánto, por volver a Nocturnia? ¿Cuánto vale tu alma? ¿Tu cordura? ¿Tu respeto por ti mismo? Pero el trabajo había sido escaso últimamente y necesitaba el dinero. También había gente mala en esta parte de Londres, y a algunos de ellos les debía más de lo que sería deseable. Reflexioné sobre el asunto. Encontrar a una adolescente que se escapa no debería ser muy difícil. Un trabajo rápido. Probablemente pudiera entrar y salir antes de que nadie supiera que estuve allí. Si tenía suerte. Miré a Joanna Barrett y doblé lo que iba a pedirle.

—Mil libras al día, más gastos.

—Eso es mucho dinero —dijo de forma automática.

—¿Cuánto vale su hija?

Asintió con brío, admitiendo aquel punto. En realidad, no le importaba lo que le cobrara. La gente como yo siem-

pre éramos calderilla para la gente como ella.

—Encuentre a mi hija, señor Taylor. Cueste lo que cueste.

—Sin problema.

—Y devuélvame la.

—Si eso es lo que ella quiere. No la arrastraré a casa en contra de su voluntad. No estoy en el negocio de los secuestros.

Ahora fue el turno de ella para incorporarse hacia delante. Su turno de tratar de parecer peligrosa. Su mirada era dura e impasible, y sus palabras podían estar hechas de hielo.

—Cuando acepta mi dinero, hace lo que yo digo. Encuentre a esa ovejita descarriada, sáquela del lío en que se haya metido esta vez, y tráigamela a casa. Entonces, y solo entonces, cobrará. ¿Está claro?

Me quedé sentado, sonriéndole, en absoluto impresionado. A mis años, había visto un montón de gente mucho más temible. Y en comparación con lo que me esperaba de vuelta a Nocturnia, su ira y amenazas implícitas no suponían nada. Además, yo era su última oportunidad, y ambos lo sabíamos. Nadie acude a mí en primer lugar, y no tenía nada que ver con lo que cobro. Tengo una reputación bien ganada de hacer las cosas a mi modo, de rastrear la verdad cueste lo que cueste, y al infierno con quien salga dañado en el proceso. Eso incluía, a veces, a mis clientes. Siempre afirman querer la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, pero pocos de ellos lo desean de verdad. No cuando una pequeña mentira piadosa puede resultar más reconfortante. Pero las mentiras no son lo mío, y ese es el motivo por el que nunca reúno el dinero suficiente para moverme en los círculos de la señora Barrett. La gente solo viene a mí cuando ya han intentado todo lo demás, incluidos los sacerdotes y las adivinas. A Joanna Barrett no le quedaba nadie a quien acudir. Intentó aguantarme la mirada un rato, y no pudo. Pareció encontrar eso tranquilizador. Volvió a re-

buscar en el bolso, sacó un cheque escrito y me lo pasó por encima de la mesa. En apariencia, era hora del plan B.

—Cincuenta mil libras, señor Taylor. Habrá otro cheque igual que este cuando todo termine.

Mantuve el rostro impassible, pero en mi interior sonreía de oreja a oreja. Por cien de los grandes, hubiera encontrado a la tripulación del *Marie Celeste*. Casi merecía la pena volver a Nocturnia. Casi.

—Hay una... condición.

Sonreí.

—Ya imaginé que la habría.

—Yo voy con usted.

Me enderecé en mi silla.

—No. Para nada. De ningún modo.

—Señor Taylor...

—No sabe lo que está pidiendo...

—¡Se ha ido hace más de un mes! Nunca ha estado fuera tanto tiempo. A estas alturas, puede haberle ocurrido cualquier cosa. Tengo que estar allí... cuando la encuentre.

Sacudí la cabeza, pero ya sabía que esta la iba a perder. Siempre he sido un blando en lo que a las familias se concierne. Es lo que pasa cuando nunca tienes una. Puede que Joanna siguiera sin llorar, pero tenía los ojos húmedos y brillantes, y por primera vez su voz era insegura.

—Por favor. —No parecía cómoda al decir esas dos palabras, pero las dijo de todas formas. No por ella, sino por su hija—. Tengo que ir con usted. Tengo que saber. Ya no puedo quedarme en casa, esperando a que suene el teléfono. Usted conoce Nocturnia. Lléveme allí.

Nos miramos durante un rato, viendo del otro quizá un poco más de lo que ambos solíamos mostrar al resto del mundo. Al final asentí, como los dos sabíamos que haría. Pero por su bien, traté de hacerle entrar en razón una vez más.

—Deje que le diga algo sobre Nocturnia, Joanna. Llamen a Londres «el humo», y todo el mundo sabe que no

hay humo sin fuego. Nocturnia son dos kilómetros cuadrados de calles estrechas y callejones en el centro de la ciudad, que unen bloques de apartamentos y barrios bajos que ya eran antiguos cuando el siglo pasado nació. Eso sí confía en los mapas oficiales. En la práctica, Nocturnia es mucho más grande, como si el mismísimo espacio se hubiera expandido a regañadientes para dar cabida a toda la oscuridad, toda la maldad y todas las cosas raras que han establecido allí su hogar. Hay quien dice que hoy en día Nocturnia, en realidad, es más grande que la ciudad que la rodea, lo cual dice algo muy preocupante acerca de la naturaleza humana y sus apetitos, si piensa en ello. Por no mencionar los apetitos inhumanos. Nocturnia siempre ha sido un lugar cosmopolita.

»Siempre es de noche en Nocturnia. Siempre son las tres de la mañana, y el amanecer nunca llega. La gente va y viene, llevada por necesidades innumbrables, en busca de placeres y servicios imperdonables para el mundo de la luz del sol y la cordura. Puede vender o comprar cualquier cosa en Nocturnia, y nadie hace preguntas. A nadie le importa. Hay un club nocturno donde puede pagar para ver cómo un ángel caído arde para siempre en el interior de un pentáculo dibujado con sangre de bebé. O una cabeza de carnero decapitada, que puede predecir el futuro con enigmáticos versos de una métrica yámbica perfecta. Hay una habitación donde está enjaulado el silencio, y los colores están prohibidos, y otra donde una monja muerta le enseñará sus estigmas, por un precio razonable. Ya no podrá volver a levantarse, pero dejará que le meta los dedos en las llagas llenas de sangre coagulada, si lo desea.

»Todo lo que alguna vez temió o soñó corre suelto en algún lugar de las tortuosas calles de Nocturnia, o le espera con paciencia en las costosas habitaciones privadas de los clubes solo aptos para clientes habituales. Puede encontrarlo todo en Nocturnia, si no le encuentra a usted prime-